

Música y músicos navarros en los siglos XIX y XX

María NAGORE FERRER*

Benito Pérez Galdós escribió: “Pablo Sarasate es navarro. Ya he dicho en otra ocasión que todos los músicos españoles son navarros. Lo es Gayarre, lo es Arrieta y lo fueron Guelbenzu y Eslava”¹. Efectivamente, es sorprendente el gran número de músicos navarros que triunfaron en el siglo XIX en el ámbito nacional o internacional. Las razones se nos escapan, pero es posible que en ese momento confluyeran varios elementos favorables, entre ellos una buena predisposición de los navarros hacia la música y un contexto propicio.

Como en muchas otras capitales de provincia españolas, hubo en Pamplona en el siglo XIX una intensa actividad musical, actividad que hoy, cuando la contemplamos con distancia, nos asombra: temporadas anuales de ópera y/o zarzuela, conciertos en el teatro, en los cafés, en los casinos, en las calles. A diferencia de otras ciudades en las que la existencia de una poderosa burguesía mercantil, industrial o financiera fue el elemento catalizador de la creación de instituciones musicales consideradas en ese momento símbolos de cultura, Pamplona albergaba todavía a finales del siglo XIX una importante población rural que vivía de las labores del campo. Y, sin embargo, surgen en la capital navarra iniciativas musicales de primer orden: en 1858 se crea la Escuela de Música Municipal —precedente del futuro Conservatorio Pablo Sarasate—, una de las primeras instituciones públicas de enseñanza musical que surgen en España²; en 1865 el Orfeón Pamplonés, precedente del actual; y en 1879 la orquesta de la Sociedad Santa Cecilia, origen de la actual Orquesta Sinfónica de Navarra Pablo Sarasate.

Pero, además, en otras localidades navarras surgieron instituciones musicales muy tempranamente, como refleja un estudio realizado en 1865 por la *Gaceta Musical de Madrid* titulado “Estado de la música en varias provincias de España” en el que se ensalzaba a Navarra, que además de la escuela y el Orfeón existentes en Pamplona, contaba con escuelas de música establecidas en Tudela, Los Arcos y Cáseda.

Indudablemente, algunas de estas iniciativas no pueden entenderse sin el impulso de esos músicos navarros que desarrollaban su carrera fuera pero mantuvieron los vínculos con su tierra convirtiéndose en referentes. Es el caso de la Escuela Municipal de Música, que surgió por iniciativa del Ayuntamiento y de Mariano García Zalba, pero en cuyos inicios se percibe la influencia de Hilarión Eslava³. También la Sociedad Santa Cecilia, creada por iniciativa de varios músicos y aficionados locales, entre ellos su primer director Joaquín Maya, fue impul-

115

*Profesora Titular de Musicología en la Universidad Complutense de Madrid.

1.- Obras inéditas, vol. 2. Arte y crítica, Madrid, Renacimiento, 1923, p. 26.

2.- Las academias y escuelas municipales se generalizarán a partir de los años setenta del siglo XIX.

3.-Ver María Nagore Ferrer: “La Escuela Municipal de Música de Pamplona: una institución pionera en el siglo XIX”, Príncipe de Viana, nº 238, mayo-agosto 2006, pp. 537-560.

sada por Sarasate. Y, a la inversa, esas instituciones favorecerían el surgimiento de figuras relevantes en el ámbito musical; es el caso del tenor Julián Gayarre, cuya prodigiosa voz fue descubierta cuando ingresó en 1865 en el recién constituido Orfeón Pamplonés, o de los pianistas Joaquín Larregla y Emiliana de Zubeldia, que iniciaron su formación musical en la Escuela Municipal de Música de la capital navarra.

Músicos navarros en el Madrid de mediados del siglo XIX: Eslava, Arrieta, Gaztambide, Guelbenzu y Zabalza

Entre las décadas de 1830 y 1860, durante el reinado de Isabel II, surgieron diversas instituciones e iniciativas que marcarían la evolución de la música española en el siglo XIX: se crea el Conservatorio de Madrid, se impulsa el teatro lírico nacional, se fomenta la creación de sociedades corales, bandas de música y establecimientos de enseñanza musical, y se ponen las bases para la constitución de sociedades de conciertos, orquestas y agrupaciones de cámara que tendrían su expansión en el último tercio del siglo. En el origen de algunas de estas iniciativas encontramos a varios músicos navarros.

Uno de los músicos más relevantes de mediados del siglo XIX fue Hilarión Eslava (1807-1878), maestro de capilla, compositor, musicólogo y profesor del Conservatorio de Madrid. Tras varios años de actividad en las catedrales de Pamplona, Burgo de Osma y Sevilla, en 1844 ocupó el puesto de maestro de la Real Capilla, desplegando en Madrid una intensísima actividad y convirtiéndose en uno de los principales dinamizadores de la vida musical española. Destaca, en este sentido, su participación en la fundación de varias sociedades, entre ellas el Orfeo Español y La España Musical, con los objetivos de contribuir a la mejora de la música en España y de impulsar la ópera española. Él mismo se implicó en los intentos de creación del teatro lírico español componiendo numerosas óperas, entre ellas *El Solitario*, estrenada en diversos teatros españoles —entre ellos el de Pamplona—, y *Las treguas de Tolemaida*. Fue también autor de gran cantidad de música religiosa e impulsó la recuperación de la música sacra española a través del proyecto editorial *Lira Sacro-Hispana*. Desde su cátedra de Armonía, Contrapunto y Fuga del Conservatorio de Madrid contribuyó a la formación de una pléyade de compositores, entre ellos el navarro Felipe Gorriti (1839-1896), quien, aunque no desarrolló su carrera en Madrid, sino en Tafalla y en Tolosa, tuvo una gran importancia como organista —entre 1881 y 1883 ganó seis importantes premios de órgano en París—, compositor y profesor de música. Eslava impulsó también la carrera de otros músicos como Julián Gayarre.

116

En muchas de las iniciativas impulsadas por Eslava participaron también dos relevantes músicos navarros de la época: Arrieta y Gaztambide. Ambos son conocidos sobre todo por sus aportaciones al teatro lírico —ópera y zarzuela—, pero desarrollaron además una importante actividad en otros ámbitos musicales. Emilio Arrieta (1821-1894), natural de Puente la Reina y formado en el Conservatorio de Milán, fue autor de óperas y zarzuelas que obtuvieron gran éxito en su época. Dos de sus óperas italianas, ambas con libreto de Temistocle Solera, han sido recuperadas recientemente: *Ildegonda*, ópera con la que ganó el primer premio de composición del Conservatorio de Milán en 1846 (recuperada en el Teatro Real en 2004), y *La con-*

quista de Granada, de 1850 (editada y recuperada en 2006); ambas, escritas en un estilo cercano al del primer Verdi, son obras excelentes. Además, contribuyó a la consolidación del nuevo género de la zarzuela grande que se intentaba implantar en los años cuarenta y cincuenta en España con el objetivo de conseguir una ópera nacional española, integrándose en la sociedad La España Musical presidida por Eslava y, sobre todo, componiendo numerosas obras, entre ellas algunas de tanta importancia y éxito como *El dominó azul*, *El Grumete o Marina*. Pero además Arrieta tuvo una gran influencia en la corte, ya que fue maestro de canto de la reina Isabel II, y llevó a cabo una importante labor pedagógica como profesor de composición del Conservatorio de Madrid, institución de la que fue director desde 1868 —sustituyendo precisamente a Eslava—, desde donde formó a un numeroso grupo de alumnos entre los que saldrían compositores tan importantes como Chapí o Bretón.

El tudelano Joaquín Gaztambide (1822-1879) fue también uno de los principales autores de la zarzuela decimonónica, además de pianista, contrabajista, compositor, director de orquesta y empresario teatral. Fue, como Eslava y Arrieta, un personaje muy activo en la vida musical madrileña, participando en diversas sociedades como La España Musical y dirigiendo las orquestas del Teatro Español, el Teatro del Circo, el Teatro de la Zarzuela y la Sociedad de Conciertos de Madrid. Entre sus zarzuelas de mayor éxito destacan *El Valle de Andorra*, *Catalina* —considerada por el crítico Antonio Peña y Goñi su obra maestra—, *Los magyares* o *El juramento*, considerada una de las zarzuelas más bellas del repertorio lírico español y recuperada en una producción del Teatro de la Zarzuela en el año 2000.

Si Arrieta y Gaztambide destacaron en el terreno de la música teatral, siendo dos de los nombres más importantes en la escena española de la época, una de las figuras más relevantes en el ámbito de la música instrumental fue el pianista pamplonés Juan María Guelbenzu (1819-1886). Recibió su primera formación de su padre José Guelbenzu, un destacado músico, organista de las iglesias de San Nicolás y San Saturnino de Pamplona, autor de varios métodos de armonía y profesor de otros músicos navarros relevantes como el ya citado Joaquín Gaztambide o al pianista Alejandro Esain. Tras perfeccionar sus estudios de piano en París con Prudent, Zimmermann y Alkan, Guelbenzu fue nombrado en 1844 profesor de piano de la reina María Cristina y organista de la Real Capilla. Aunque destacó como pianista, actuando en conciertos y acompañando a figuras de la talla de Liszt y Thalberg, sin embargo dedicó principalmente sus esfuerzos a difundir en España la música de cámara clásica, que entonces era prácticamente desconocida. Empezó organizando reuniones semanales en su casa a las que asistían algunos de los mejores músicos de la época, y esto fructificó en la creación en 1863, junto con el violinista Jesús de Monasterio, de la Sociedad de Cuartetos de Madrid, primera agrupación estable de música de cámara creada en España, dirigida a la interpretación y difusión de las obras de Beethoven, Mozart, Haydn o Mendelssohn. Compuso también obras pianísticas en un estilo intimista de salón: romanzas sin palabras, mazurcas, nocturnos, zortzikos, habaneras...

Uno de los músicos que frecuentaba las reuniones organizadas por Guelbenzu en su casa cuando viajaba a España era un pianista español prácticamente desconocido y que merecería un estudio: el también pamplonés Alejandro Esain, que se trasladó siendo muy joven a

Inglaterra —en los años veinte—, donde permanecería hasta su muerte desarrollando una importante carrera como pianista y compositor.

Otro compositor navarro que desarrolló su labor en el ámbito del piano con gran éxito fue Dámaso Zabalza (1835-1894), uno de los compositores más prolíficos de este período. Desde su llegada a Madrid en 1855 se volcó en la composición y publicación de piezas pianísticas para aficionados en los géneros de moda, y desde 1858 compaginó su actividad como compositor con la de profesor de piano del Conservatorio de Madrid. Zabalza fue, sin ninguna duda, el compositor, pianista y profesor de moda en el Madrid de las décadas de 1860-70. Desde su llegada a la capital frecuentaba los salones aristocráticos y sus interpretaciones “sentimentales” levantan pasiones. En 1876 un crítico de tanta solvencia como Peña y Goñi le dedicaba un artículo enormemente elogioso con motivo de la publicación de sus Veinticuatro sonatinas: “Pianista, y pianista de justa nombradía, ha sentado sus reales en este campo, y allí se encuentra siempre tranquilo y sosegado, trabajando en silencio, entregado a una labor ingrata, y de la que no espera otro lucimiento que el que puedan achacarse mañana los discípulos que forma en su cátedra. Esto le produce un beneficio inapreciable; la tranquilidad de su conciencia. Lo demás importa poco al Sr. Zabalza. Así da sus lecciones, así cumple con su deber en el Conservatorio, y así escribe de vez en cuando fantasías y sonatas, rondós y piezas de baile, que tienen gran éxito y muchísima circulación, tanto en los salones de la aristocracia, como en el modesto gabinete del aficionado o aficionada”⁴.

118 Las figuras internacionales de Sarasate y Gayarre

Tanto Zabalza como Arrieta y, en menor medida, Guelbenzu, tuvieron una relación de amistad con Pablo Sarasate, el músico navarro más universal junto con Julián Gayarre. Todos ellos, además, incluido Gayarre, participaron en alguna ocasión en los célebres conciertos matinales de San Fermín impulsados por el violinista pamplonés desde 1879, una de las actividades más excepcionales e interesantes que ha protagonizado la capital navarra.

Pablo Sarasate (1844-1908) fue uno de los grandes violinistas del siglo XIX y uno de los personajes más admirados en su época: era llamado “el mago del violín” o “el moderno Paganini”; sus conciertos eran acontecimientos de tal magnitud que el público se aglomeraba en las salas y las entradas se revendían, algo similar a lo que ocurre con las estrellas actuales del pop; escritores célebres como Arthur Conan Doyle o Herman Hesse lo introdujeron en sus novelas o poemas; y pintores de la talla de Whistler le retrataron. Su secreto estaba en su perfecta técnica y su maravilloso sonido. Pero además dejó una huella indeleble en el ámbito del violín a través de sus propias composiciones y de las obras que escribieron para él grandes músicos como Saint-Saëns, Lalo, Max Bruch y muchos otros.

Como es lógico, Sarasate tuvo una vinculación especial durante toda su vida con su ciudad natal, Pamplona. A pesar de que su familia abandonó la ciudad cuando Sarasate solo conta-

4.- El Globo, 18/01/1876.

ba unos dos años y medio, debido a los destinos de su padre Miguel, músico militar, siguió manteniendo lazos familiares y afectivos con la ciudad que le había visto nacer y en la que volvió a residir desde 1867 Miguel Sarasate, que fue profesor de la Escuela Municipal de Música y de la Casa de Misericordia. Sin embargo, su vinculación con Pamplona se haría mucho más estrecha a partir de 1879, año de creación de la Sociedad Santa Cecilia, a la que estuvo estrechamente ligado. El apoyo de Sarasate a la sociedad no se limitó a colaborar en su creación y a su participación anual en los conciertos de San Fermín de forma desinteresada, también la asesoró en la elección del repertorio y se volcó con ella incluso económicamente. En esos conciertos matinales, tres o cuatro cada año, participaban, además de la orquesta Santa Cecilia y Sarasate, quien solía interpretar tres o cuatro piezas en cada concierto, otros importantes músicos de la época, algunos de ellos navarros, como Gayarre, Arrieta, Zabalza, Guelbenzu o el pianista Joaquín Larregla. La abundante correspondencia de Sarasate con Alberto Huarte, que fue presidente de la Sociedad Santa Cecilia, revela el cuidado con el que el violinista preparaba los programas de San Fermín y su preocupación por su calidad, así como sus desvelos en momentos difíciles para la sociedad.

Este afecto fue recíproco. Desde que Sarasate comenzó a visitar anualmente su ciudad natal, y especialmente desde la instauración de los conciertos de julio, el violinista se convirtió en el “ídolo de la ciudad”, en palabras del periodista Adolfo Suárez de Figueroa en *El Imparcial* en 1880: “El entusiasmo del pueblo [de Pamplona] por estas cosas [la música] se traduce bien claro en el entusiasmo de que es objeto Sarasate. Hoy es el ídolo de la ciudad. Yo no he presenciado nunca frenesí tan ardiente y culto tan apasionado como el que Navarra profesa a su artista. Paseado a hombros por las calles, lo aplauden cuando entra en los toros, en el teatro, en todas partes. Anteayer, a la salida de la Plaza, la multitud lo cogió en brazos y después de pasearlo en triunfo por la ancha plaza del Castillo, lo condujo a su casa. Allí la manifestación tomó incremento y a la media hora no se podía avanzar por aquella parte del paseo de Valencia”. Estas manifestaciones de entusiasmo se repetían cada año y eran correspondidas por el violinista, que se volcaba con sus paisanos. Los testimonios, tanto directos como indirectos, son innumerables; la abundante correspondencia que mantuvo Sarasate con algunos de sus paisanos más cercanos está repleta de ellos. A su primo y amigo Baldomero Navascués le escribía desde Varsovia en febrero de 1883: “En cuanto a lo de San Fermín, ya sabes tú y todos los navarros que estoy dispuesto a todo lo que se me mande, menos a oír hablar de dinero. Considero como mi deber contribuir por mi parte al éxito y popularidad de nuestras fiestas, pero me repugnaría que fuese de otra manera que de un modo desinteresado. El cariño que me demuestran los navarros es para mí mucho más que todo el oro del mundo”.

Ese cariño se concretaría también en diferentes resoluciones tomadas por las autoridades municipales, como el descubrimiento en 1893 de una lápida conmemorativa en el lugar que ocupaba su casa natal, la entrega en 1898 de un libro de firmas de los habitantes de Pamplona agradeciéndole la donación al Ayuntamiento de diecisiete joyas de gran valor, germen del futuro Museo Sarasate, el nombramiento de Hijo Predilecto de la ciudad en 1900 o las gestiones conducentes a la concesión de la Gran Cruz de Alfonso XII en 1908. También las principales instituciones musicales pamplonesas, la Sociedad Santa Cecilia, el Orfeón Pamplonés

y la Sociedad Filarmónica —creada en 1906— le nombraron socio honorario y el orfeón editó dos revistas especiales en homenaje al violinista, una en 1900 y otra en 1908, poco antes de su fallecimiento. Sarasate legaría al Ayuntamiento de Pamplona todas sus joyas, regalos, condecoraciones, cuadros, diplomas, bustos y recuerdos, además de todos los muebles y objetos de su casa de París, sus violines Vuillaume y Gand y sus arcos, con la condición, especificada en su testamento, de que “habrán de instalarse en una sala especial, bien accesible al público, que llevará mi nombre. Confío para dicho efecto, en el reconocido celo de las personas encargadas de esa organización”. Su biblioteca musical completa la legó a la Escuela de Música de Pamplona, aunque actualmente se conserva en el Archivo Municipal, constituyendo una de las mejores colecciones del mundo en literatura violinística.

La otra gran figura internacional navarra del siglo XIX fue el roncalés Julián Gayarre (1844-1890), uno de los tenores españoles más célebres de la historia. En 1865, tras dejar atrás el pastoreo en su tierra natal, ingresó en el Orfeón Pamplonés, donde se descubrió su voz excepcional. Sus profesores, Joaquín Maya y Conrado García, le pusieron en contacto con Hilarión Eslava, que se convertiría en su mentor. Tras estudiar en Madrid y Milán, inició en 1869 una carrera de éxitos internacionales ininterrumpidos hasta su fallecimiento. Su voz fue alabada por su timbre cautivador y la dulzura de sus acentos; el crítico Peña y Goñi escribía: “Penetra en el oído y en el alma como un océano de sonoridad que remueve profundamente las fibras todas del entusiasmo. Es un verdadero huracán que arrastra cuanto encuentra su paso”.

120 La herencia musical del siglo XX

La vida musical en Pamplona experimentó un gran avance a finales del siglo XIX. La música se seguía cultivando en la capilla de música de la catedral, pero también en los teatros, las plazas, los casinos y los cafés, llegando así a una gran cantidad de público. La existencia de una sociedad de conciertos hizo posible el conocimiento de la tradición sinfónica y camerística europea. La visita de importantes figuras musicales abrió la vida musical de Pamplona a la realidad musical española y europea. Se conocieron las nuevas obras de compositores españoles. La creación de una agrupación coral estable, el Orfeón Pamplonés, facilitó el cultivo del nuevo repertorio popular y sinfónico-coral. Además, las ininterrumpidas series de conciertos estimularon la creación propia. Todo este ambiente daría sus mejores frutos en el siglo XX.

Algunos músicos navarros han seguido desarrollando carreras nacionales o internacionales en el siglo XX, entre ellos Joaquín Larregla (1864-1945), concertista y profesor de piano del Conservatorio de Madrid; Emiliana de Zubeldía (1888-1987), pianista y compositora que, tras su paso por la Escuela Municipal de Música y el Conservatorio de Madrid, se formaría en París y acabaría desarrollando una carrera internacional en América; el compositor tudelano Fernando Remacha (1898-1984), miembro de la Generación musical del 27 que, tras sus estudios en Madrid y en Roma, obtuvo importantes éxitos en la capital de España antes de volver a su tierra natal; o los compositores, ya todos ellos nacidos en el siglo XX, Jesús García Leoz (1904-1953), José María Goicoechea (1924), Agustín González Acilu (1929) o Teresa Catalán (1951). En el ámbito de la música popular habría que destacar los nombres de Manuel Turrillas

(1905-1997) en el ámbito de la música para banda; Agustín Castellón Campos “Sabicas” (1912-1990) en el de la guitarra flamenca; o Pedro Iturralde (1929) en el terreno del jazz.

Sin embargo, en este período también hay que destacar numerosas iniciativas y realidades musicales desarrolladas en Navarra. Uno de los acontecimientos más destacados fue la inauguración en 1957 del Conservatorio Pablo Sarasate, heredero de la Escuela Municipal de Música. Fernando Remacha, primer director del Conservatorio, llevó a cabo iniciativas muy importantes desde finales de los años cincuenta, entre ellas la organización de las semanas de música antigua de Estella o el contacto con el mecenas Félix Huarte, fruto del cual se llevarían a cabo iniciativas de gran relevancia e interés en Pamplona, entre ellas la Semana Gregoriana o los Encuentros de Pamplona de 1972, verdaderos escaparates a nivel nacional e internacional del estudio de la música antigua y de la música de vanguardia respectivamente.

BIBLIOGRAFIA

Andrés Vierge, Marcos: *Fernando Remacha. El compositor y su obra*, Madrid, ICCMU, 1998.

Cortizo, María Encina: *Emilio Arrieta. De la ópera a la zarzuela*, Madrid, ICCMU, 1998.

Cureses de la Vega, Marta: *El compositor Agustín González Acilu: la estética de la tensión*, Madrid, ICCMU, 1995.

Enciso Robledo, Julio: *Memorias de Julián Gayarre*. Bilbao, Laida Edición e Imagen, S.A., 1990.

García Fernández, Eva: *Juan María Guelbenzu Fernández (1819-1886): Estudio biográfico y analítico de su obra musical*, Tesis doctoral, Universidad de Oviedo, 2011.

Herrero Subirana, Marta: *Julián Gayarre: un tenor histórico, un navarro universal*, Madrid, 2003.

Ibneri, Luis G.: *Pablo Sarasate*, Madrid, ICCMU, 1994.

Moreno Moreno, Berta: *Felipe Gorriti. Compositor, maestro de capilla y organista, Pamplona*, Gobierno de Navarra, 2011.

Nagore Ferrer, María: *Sarasate. El violín de Europa*, Madrid, ICCMU, 2013.

Sobrino, Ramón: *“Joaquín Gaztambide (1822-1870), director de orquesta”*, Príncipe de Viana, nº 238, 2006, pp. 633-654.

Varela Ruiz, Leticia T.: *Emiliana de Zubeldía. Una vida para la música*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2012.

VV.AA.: *Monografía de Hilarión Eslava*, Pamplona, Publicaciones del Gobierno de Navarra, 1978.